

VASCONIA SEGÚN JUARISTI

Manuel Hernández Iglesias

Hay una piadosa leyenda, cuyas líneas maestras fueron fijadas en su día por Sabino Arana, que hoy día ha sido elevada a la categoría de historia oficial. De acuerdo con ella, los vascos son un pueblo racial, lingüística, cultural y políticamente diferenciado que, resistiendo heroicamente los sucesivos ataques de poderosos invasores, consiguió mantener su independencia a lo largo de los siglos. Sólo en 1876, con la abolición de los fueros, fue incorporada la mayor parte de su territorio, por medio de la violencia y el engaño, a España. No desapareció sin embargo su indomable voluntad de independencia, cuyos momentos más gloriosos, ya en nuestro siglo, fueron su resistencia a las tropas de Franco en la Guerra Civil y su valiente oposición a la dictadura. En cuanto al final (provisional) de este relato, circulan en el momento presente dos versiones. Según una de ellas, la secular opresión, en lo esencial, no ha variado con respecto a la dictadura. Según la otra, la situación actual supone, en lo que al reconocimiento de los derechos nacionales del pueblo vasco se refiere, un avance importante, aunque insuficiente, debido, por una parte, a los límites marcados por una Constitución impuesta y, por otra, como casi siempre a lo largo de la historia, a la deslealtad del gobierno de España que, con la complicidad de sus aliados en Euskal Herria, se niega a ser fiel a sus compromisos.

Jon Juaristi ha dedicado buena parte de su actividad intelectual a investigar los orígenes de esta leyenda piadosa, algunos de cuyos mitos centrales son admitidos como hechos incontrovertibles incluso por personas ajenas o hasta hostiles al nacionalismo vasco. Su obra se enmarca en lo que él mismo ha denominado «invencionismo» o «género invencionista», es decir, el estudio de

La balsa de la Medusa, 45-46, 1998.

los procesos retóricos de creación de identidades o tradiciones. Dentro del género, Juaristi se autositúa entre los que opinan que, en lo que a las identidades nacionales se refiere, la oposición realidad/invención «no tiene demasiada solidez» («La invención de la nación. Pequeña historia de un género»¹, p. 2). Las identidades nacionales son un producto del nacionalismo y no, como suele suponerse, al revés: «al contrario que en el caso de los afligidos por la pérdida del imperio, los nacionalistas no lloran una pérdida *real*. La nación no preexiste al nacionalismo» (*El Bucle Melancólico. Historias de nacionalistas vascos*², p. 31).

I

En *Vestigios de Babel: para una arqueología de los nacionalismos españoles*³, Juaristi sigue la estela del estudio de Julio Caro Baroja sobre Garibay⁴ y analiza la crucial aportación al vasquismo del Licenciado Andrés de Poza. Éste elabora una defensa de los privilegios de los vizcaínos, especialmente frente a los conversos, sus más directos competidores en la obtención de cargos en la administración del imperio⁵. El particularismo vizcaíno de Poza se basa en dos lugares comunes de la época. El primero es que los primitivos «españoles» fueron los seguidores de Túbal, hijo de Jafet, que se establecieron en la península ibérica tras la confusión de las lenguas en Babel. El segundo es que el vasco era la lengua hablada antiguamente en toda la península. Esteban de Garibay, guipuzcoano cronista de Felipe II, relacionó ambas tesis defendiendo que el vasco era la lengua del patriarca Túbal y que los vascos eran los descendientes directos de éste. De ello se seguía que ser vizcaíno era prueba de limpieza de sangre y que los naturales de Vizcaya, por el hecho de serlo, ostentaban una «nobleza de origen» superior a la de los presuntos descendientes de la aristocracia visigoda. Nobleza y pureza que ostentaba también su lengua.

¹ *Claves de razón práctica*, 73, pp. 2-9.

² Madrid, Espasa Calpe, 1997.

³ Madrid, Siglo XXI, 1993.

⁴ *Los vascos y la historia a través de Garibay (Ensayo de biografía antropológica)*, San Sebastián, Txertoa, 1973.

⁵ Sobre el antisemitismo del nacionalismo vasco, cf. también «El gueto vacío», en Juan Aranzadi, Jon Juaristi y Patxo Unzueta, *Auto de Terminación (Raza, nación y violencia en el País Vasco)*, Madrid, El País/Aguilar, 1994, pp. 115-36

Manuel Hernández Iglesias es profesor en el Departamento de Filosofía y Lógica de la Universidad de Murcia. Entre sus publicaciones: *La semántica de Davidson* (1990).

Sobre estos presupuestos elabora Poza lo que Juaristi califica de «la primera gran síntesis de la mitología particularista vizcaína» (p. 25), su tratado *De la Antigua Lengua, Poblaciones y Comarcas de las Españas*, publicado en Bilbao en 1587. En él se argumenta que los vizcaínos eran los primitivos habitantes de España, descendientes directos del patriarca Túbal, los únicos que habían resistido las sucesivas invasiones sin mezclar ni su sangre ni su lengua con la de los invasores. El vasco es pues la primitiva lengua de Túbal, una de las setenta y dos lenguas primitivas. Esto último tenía gran importancia por dos razones. La primera es que contradice la tesis, surgida en círculos rabínicos, de que la primitiva lengua española era el caldeo, tesis favorable a los conversos, entre otras razones importantes, porque les permitía presentarse como los descendientes de los primeros pobladores de España. La segunda es que, según las teorías cabalístico-cratilianas del lenguaje que manejaba Poza, las lenguas matrices, que habían sido directamente infundidas por Dios en las mentes de los hablantes en el momento de la confusión babilónica, eran «superiores», por «naturales», a las lenguas derivadas y mestizas, en las que la relación entre palabra y cosa es puramente convencional. Más aún, como Poza trata de mostrar a base de pintorescas «cratilizaciones» de términos vascos, la propia lengua vasca ya «contiene» lo esencial de la revelación. El tratado de Poza, por tanto, «representa la usurpación de la mitografía judeoespañola y de la Cábala por la clase escriba vizcaína. Del libro de Poza se desprende que Dios eligió revelar su propia naturaleza al linaje de Túbal, y que tal revelación fue superior a la primera o edénica, contenida en el hebreo» (p. 86). Ello convierte a los vascos en el verdadero «pueblo elegido», que «conocía» la Trinidad antes de la venida de Cristo. Era, en definitiva, un pueblo cristiano antes de Cristo. Frente a las sospechas que los conversos lanzaban sobre los vascos por su tardía cristianización, Poza alega nada menos que un «cristianismo de origen». No parece pues que exagere Juaristi cuando afirma que, de las muchas lenguas megalómanas del siglo XVI, «ninguna superó al casticismo vizcaíno en su *hybris*» (p. 87).

La importancia de este tratado para la cultura política española en general y vasca en particular es grande, no sólo por ser «la más extrema expresión de la mentalidad veterocristiana española» (p. 86), sino porque «fue además semilla de una *gnosis* del vascuence que maduraría en los años finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, y de la que extraería el nacionalismo vasco sus argumentos fundamentales» (p. 87). En efecto, a medida que la historiografía ilustrada fue desprestigiando las crónicas y genealogías medievales, la mitología vasca se refugió en la literatura histórico-legendaria de inspiración ossiánica y scottiana, a la que Juaristi ha dedicado su libro *El linaje de Aitor: La invención de la tradición vasca*⁶. Esta literatura tiene su precursor en Chaho, especialmente su *Voyage en Navarre pendant l'Insurrection des Basques*, y su obra paradigmática en *Amaya o los vascos del siglo VIII*, de Navarro Villoslada. Su temática

⁶ Madrid, Taurus, 1987.

procede de las tradiciones apócrifas a que apelaron durante el Antiguo Régimen los defensores de los privilegios vasco-navarros, tradiciones que «constituyen una auténtica tópica narrativa, una “materia de Vasconia”» (p. 48), que Juaristi divide en cinco grupos temáticos: los (supuestos) «pactos personales» entre los vascos y los soberanos de Castilla, los vascos como pobladores originarios de España (el vascoiberismo), la resistencia contra los romanos (identificando a los vascos con los cántabros), las gestas medievales en que los vascos derrotan a invasores poderosos y el «monoteísmo primitivo» de los vascos. Las leyendas y novelas históricas de estos autores post-románticos son el eslabón que conecta teorías como la de Poza y el nacionalismo vasco. «Incapaces de forjar una historia nacional vasca que confiriera legitimidad a sus presupuestos ideológicos [...], los defensores de los privilegios vascos recurrieron a la literatura para inventarse una tradición» (p. 16). «La historiografía fuerista, mero apéndice de los cronicones del Antiguo Régimen, fue incapaz de hacer frente a los embates de la crítica y hubo de ceder su puesto a la literatura» (p. 32). Pero se trata de una literatura «que pretende suplantar a la historia misma, arrogándose sus prestigios. La literatura histórico-legendaria del fuerismo se atribuye la posesión de una verdad superior a la “verdad poética”» (pp. 58-9). Situándose en una tierra de nadie entre la ficción y la historia, pretende recoger y revelar la verdad original que, aunque mezclada con errores y supersticiones, toda tradición supuestamente encierra.

Volviendo a la leyenda piadosa, es un componente esencial de ella el eterno enfrentamiento entre dos nacionalismos, el vasco, liberador y democrático, y el español, colonialista y autoritario. Este supuesto es el trasfondo de la reciente polémica sobre la enseñanza de la historia en la que, como cabía esperar, dados sus protagonistas, no se ha hablado de historia ni de su didáctica, y sí mucho de «sensibilidades» y de «negociaciones» de cuotas de contenidos de diversas formaciones de espíritus nacionales. En el caso vasco, la polémica resulta paradójica. Si el nacionalismo español del que se habla es el crónicamente débil nacionalismo progresista de los doceañistas, los liberales exaltados y los republicanos, la contraposición con el nacionalismo vasco y los movimientos políticos que éste reivindica hoy día como pre-nacionalistas (el carlismo y el fuerismo) es genuina, pero la caracterización del primero como opresor y autoritario y de los segundos como democráticos y emancipatorios no entra en cabeza más retorcida. Si se habla más bien del españolismo reaccionario que hallaría su expresión más acabada en la ideología franquista, su naturaleza opresora y autoritaria queda fuera de toda duda, pero su contraposición al nacionalismo vasco y a las ideologías que constituyen su sustrato ideológico resulta imposible. Pues, si hay algo que los dos libros mencionados ponen de manifiesto es que los mitos del vasquismo prenatalista, que proporcionan la materia prima de la ideología aranista, no son otros que los viejos tópicos del nacional-catolicismo español en su versión más pura. La vasconia racial y culturalmente incontaminada ha sido históricamente la utopía realizada del esencialismo españolista, desde el rancio chovinismo cristiano-viejo hasta el fora-

lismo de la derecha monárquica, pasando por el tradicionalismo legitimista. Si las teorías de Poza son la versión más extrema del casticismo vetero-cristiano español, el foralismo es la ideología de los liberales moderados, que idealizan las viejas instituciones forales y apelan, como fuente de legitimidad, a los «derechos históricos», frente a los parlamentos «modernos» legitimados en el sufragio universal. «No hay contraposición, no puede haberla, entre fuerismo y régimen moderado por la sencilla razón de que el fuerismo es la expresión vascongada y navarra del moderantismo español» (*El linaje de Aitor*, p. 26).

La visión de la historia vasca con la que Sabino Arana fundamenta su nacionalismo está, en sus aspectos fundamentales, tomada de la literatura histórico-legendaria fuerista y, en última instancia, de las teorías de Garibay y Poza. No es que el nacional-catolicismo español y los «pre-nacionalismos» vascuistas no sean visiones contrapuestas de la historia; es que, en lo fundamental, son la misma. «Con su teoría acerca de una España primitiva formada por gentes de lengua vasca, Andrés de Poza contribuyó a echar los cimientos de los nacionalismos españoles. [...] De hecho, el nacionalismo español encomendó tácitamente a los vascos la función de representar a la España arcaica y eterna. A los ojos del nacionalista español, el pueblo vasco aparece aún como el único pecio que aflora a la superficie histórica de aquella España prehistórica que naufragó en la noche de los tiempos» (*Vestigios de Babel*, pp. 100-1). La idealización del País Vasco no es obra de los nacionalistas vascos, sino de los nacionalistas españoles, que «hicieron lo imposible por preservar la imagen de una raza vasca inmutable, depositaria de los arcanos de la patria común» (p. 101). «La mitificación de los vascos como detentadores del misterio de los orígenes de España es un elemento fundamental del nacionalismo español, que busca fundamentarse en bases identitarias e historicistas» (p. 102), es decir, en una visión esencialista de la historia que a todos nos resulta demasiado familiar y que, afortunadamente, ha ido perdiendo vigencia, salvo, desgraciadamente para todos, en el País Vasco. «El llamado “problema vasco” no es sino una versión desdichada y patética de lo que en otro tiempo fue el “problema de España”» («La invención de la nación», p. 9).

II

En su reciente libro *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, ganador del premio «Espasa Hoy» de ensayo, Juaristi aborda los orígenes más recientes de la leyenda piadosa, es decir, las elaboradas desde finales del siglo pasado hasta nuestros días por los principales teóricos del nacionalismo vasco. Se trata, sin embargo, de un libro de naturaleza muy distinta a los anteriores. Su autor parte de dos constataciones. La primera es que, frente a la versión de la historia de Vasconia construida por los nacionalistas, «la historia académica de los últimos treinta años –sobre todo, la escrita desde el país vasco– ha ido construyendo una visión muy distinta del pasado» (p. 20). Esta visión emanada de la

historia académica revela que los episodios históricos que las narraciones victimistas nacionalistas presentan como derrotas de los vascos por los españoles (siempre como consecuencia de alguna pérfida traición), «fueron todas, sin excepción, *guerras civiles*. No hubo tal conquista de Navarra, sino el triunfo de una facción nobiliaria sobre otra, lo que se tradujo en una sustitución de dinastías. Las ciudades vascas defendieron con las armas el liberalismo contra los campesinos carlistas. La derogación de los fueros sólo conmovió a una minoría que, además, fue incapaz de movilizar a un sector significativo de la población [...] y los llamados *fuerristas* cosecharon un fracaso electoral tras otro, hasta desaparecer en pocos años del mapa político de la Restauración. Y, en fin, si es verdad que el país vasco dio cuarenta mil *gudaris* al ejército de la República, no lo es menos que aportó a los rebeldes sesenta mil requetés» (p. 20).

La segunda constatación es que «esta historia académica no ha tenido efecto alguno en el arquetipo narrativo del nacionalismo» (p. 21). Ni siquiera ha dado lugar a una polémica entre historiadores nacionalistas y no nacionalistas porque el nacionalismo carece de historiadores profesionales. En lo que al nacionalismo institucional se refiere, el lugar de una historiografía nacionalista lo ocupa «un puñado de periodistas dedicados a “modernizar” superficialmente el arquetipo y a promover la divulgación mediática del mismo (a través de las series de documentales “históricos” emitidos por la televisión autonómica, por ejemplo). Con todo, el nacionalismo institucional no busca el enfrentamiento con la historia académica. Se limita a ignorarla desdeñosamente y a vedarle el acceso al medio sobre el que detenta el control exclusivo: la televisión» (p. 21). Las únicas voces que se alzan contra la historiografía académica no nacionalista proceden del entorno académico de Herri Batasuna, que en la Universidad del País Vasco controla departamentos enteros. No se trata de auténticos historiadores, antropólogos o sociólogos, «sino de especialistas en la denuncia ideológica» (p. 21). Pero su relativa familiaridad con el lenguaje divulgativo de las ciencias sociales los convierte en un medio «casi alálico, que limita su actividad verbal a los comunicados de ETA y a las bravuconadas de Herri Batusana y Jarrai», y ante el abandono por parte del PNV de la elaboración simbólica del nacionalismo en manos de la izquierda abertzale, en los sostenedores del «único discurso [nacionalista] con pretensiones de solvencia teórica» (p. 22). Tal solvencia es por supuesto sólo aparente, como algunas citas de uno de estos ideólogos (por falta de espacio me quedo con las ganas de transcribirlas aquí en su totalidad) ponen de manifiesto con más elocuencia que cualquier crítica externa que se les pueda hacer. En última instancia, la argumentación de los intelectuales del nacionalismo radical consiste en rechazar la historiografía académica en beneficio de «los discursos propios a *[sic]* la racionalidad política desde la que los autores se reconocen a sí mismos», de «otorgar la palabra a los propios actores» y de los «intentos de inteligibilidad autoexplicativa racional» (cit. en p. 23) que aparecen en órganos de expresión como *Egin* o la editorial Txalaparta. Es decir, la vieja cantinela de que sólo los nacionalistas pueden alcanzar una comprensión profunda del nacionalismo, sólo que presentada en

un aparatoso envoltorio de pedantería. El más vulgar de los tópicos elevado a la categoría de superación de los corsés conceptuales impuestos por ortodoxias académicas desfasadas; desfasadas pero vigentes en el grueso de la comunidad científica, salvo en su incomprendida vanguardia intelectual..., a saber, los colaboradores de *Egin*.

La conclusión es que si, parafraseando la célebre pregunta de la Academia de Dijon, nos preguntáramos si «el progreso de las ciencias sociales y las humanidades ha contribuido a mejorar las costumbres», habría que responder que lamentablemente, en lo que a la política vasca se refiere, no mucho. ¿Qué explicación tiene que la ficción victimista de los nacionalistas vascos conserve su vigencia a pesar de la deserción de los nacionalistas institucionales del frente académico y de lo grotesco de sus sustitutos abertzales (por no hablar de los crímenes espeluznantes de los terroristas cuyas «autoexplicaciones racionales» éstos se dedican a difundir)? Parte, pero sólo parte, de la explicación es probablemente el control que aquéllos ejercen sobre algunos influyentes medios de comunicación y sobre el sistema educativo. Pero la causa profunda hacia la que apunta Juaristi en su libro es que la reproducción de los nacionalismos no se debe a investigaciones históricas más o menos fantásticas susceptibles de ser desbancadas por una historia erudita y documentada. Ésta podrá, a lo sumo, «satisfacer a un público universitario [...], pero no hace mella en las convicciones de la mayoría de los votantes *abertzales*» (p. 27). La clave de la perpetuación de la ideología nacionalista está en lo que Juaristi llama «historias de nacionalistas», es decir, «relatos que transmiten una lejana y lancinante melancolía», «narraciones sacrificiales de amor y de inmolación, de heroísmo y de culpa, de traiciones y derrotas», escuchadas «en el patio del colegio, en los fuegos de campamento, en las sobremesas familiares». Se trata de historias «de martirio y de gloria desesperada, de pérdida y de negación de la pérdida; historias que, invirtiendo el orden habitual del cuento maravilloso, arrancaban de una situación de plenitud para concluir en la desposesión desde la que el nuevo héroe (papel que nos estaba reservado a cada uno de nosotros) debía partir en busca de la patria arrebatada, de la lengua prohibida, del grial que devolviese feracidad a la tierra de los ancestros y salud a la raza *exangüe*» (p. 18).

El problema con este tipo de discurso es que su naturaleza no argumentativa lo hace inmune a toda crítica, lo que sólo deja dos alternativas al escéptico. Una es la que en general han seguido los intelectuales no nacionalistas: dedicarse a la historia y «dejarse de historias», estrategia intelectualmente impecable pero políticamente estéril. El error de los intelectuales críticos con el nacionalismo ha sido, para Juaristi, no haberse tomado en serio las «historias de nacionalistas», las «autoexplicaciones inteligentes». Por inverosímiles que puedan llegar a parecer a mentes ilustradas con cierta formación y sensibilidad históricas, son de hecho «las formas en que el nacionalismo se perpetúa y crece» (p. 27). De ahí que Juaristi se atreva a ensayar otra estrategia: contar historias alternativas, elaborar una «autoexplicación», esta vez de los disidentes del nacionalismo vasco. El paradigma que declara seguir es el libro de Conor Cruise O'Brien

*Ancestral Voices. Religion and Nationalism in Ireland*⁷, cuyo autor somete a revisión la historia del nacionalismo irlandés recurriendo fundamentalmente a su memoria personal y familiar. La idea central de Cruise O'Brien es la de que todos los miembros de una sociedad suficientemente impregnada de nacionalismo (incluidos los no nacionalistas) escuchan voces ancestrales que les reclaman una deuda de sangre: «A través de la Irlanda Irlandesa y del Catolicismo Irlandés, Joyce oye voces ancestrales que le llaman. Las reconoce como voces de sirenas y, como su modelo, Ulises, se hace atar al mástil, para no seguir las y ahogarse. Fue bueno para su arte hacerlo así. Se resistió a ellas, no porque las despreciase, como sugieren algunos de sus modernos admiradores, sino porque temía el poder que podían tener sobre él. Después de todo, eran voces de sus propios antepasados. *Como lo son de los míos*» (cit. en p. 28).

En *El bucle melancólico*, Juaristi da pues el paso de romper con lo que considera un respeto excesivo de los disidentes del nacionalismo al principio de que el paisajista no debe figurar en el paisaje y se enfrenta a sus propias voces ancestrales. Los sucesivos capítulos del libro pasan revista a las «historias de nacionalistas» que marcaron su educación sentimental y a sus inventores y reinventores, convertidos con frecuencia, a su vez, en protagonistas de las versiones sucesivas. Su propósito es «sólo contar ciertas historias –en concreto, las historias de ciertos narradores de historias– como las contaría un historiador que pretendiera hacerlo no de forma empática y comprensiva, pero sí más o menos participativa y razonable, ya que no “racional”» (p. 29). «Razonable» más que «racional» porque el autor evita en todo momento lo que califica de «añagazas ficcionales» (p. 28) destinadas a enmascarar la pertenencia del observador al paisaje observado, a hacer afectación de una distancia inexistente entre el narrador y lo que nos relata. En otras palabras, hay un sentido en el que puede decirse que Juaristi, con sus historias, nos está «contando su vida» y tiene el respeto al lector de no ocultarlo. «Participativa» y no «empática» porque sus historias aspiran a no limitarse a repetir el aquetipo, sino a arrojar alguna luz sobre las historias mismas y sus autores-protagonistas, gracias, precisamente, a la conciencia de «una oscura afinidad entre el narrador y sus personajes» (p. 29). Juaristi hace pues una apuesta literaria difícil donde las haya: desmitificar las historias que han constituido su educación sentimental sin el parapeto del distanciamiento académico, sin fingir la objetividad del entomólogo que examina sus cajas de insectos y, al mismo tiempo, alejándose lo suficiente para evitar la seducción de unas llamadas cuyo poder sobre él no ha dejado de temer.

El motivo central, común a todas las «historias» que forman el libro es, como indica su título, la melancolía. Ésta consiste «en una denegación de la pérdida mediante la identificación del sujeto con el objeto perdido. El melancólico canibaliza al ser amado cuya muerte niega (de ahí que Saturno, devora-

⁷ Chicago, University of Chicago Press, 1995.

dor de sus hijos, se convirtiera en emblema temprano de la melancolía), y retira del mundo exterior su deseo para dirigirlo sobre sí mismo como un bucle inflexible» (p. 31). La melancolía que aquí se estudia es la provocada por la pérdida de la patria, con la importante salvedad de que, en este caso, la pérdida que se llora no es una pérdida real, pues la nación cuya pérdida aflige a los nacionalistas no preexiste al nacionalismo. La idea de Juaristi es que «nunca se perdió una patria gallega, catalana o vasca, sino un imperio –el español– del que habían sido fieles soportes los gallegos, catalanes, asturianos, aragoneses, castellanos, andaluces, extremeños y, no faltaba más, los vascos» (p. 33). Es precisamente en el contexto del Desastre cuando surgen los regeneracionismos, el nacionalismo español de los noventayochistas y los nacionalismos periféricos; y, entre éstos, «la elaboración delirante del mito nacionalista de una primitiva patria vasca que habría parecido bajo la opresión de la España Imperial. Sabino Arana Goiri, antiguo tradicionalista que guardaba el rencor de una derrota bélica y de una ruina familiar derivada de aquel, fue el primer vasco en soñar el sueño melancólico de la resurrección de Euskadi (fue, de hecho, el inventor de Euskadi y de su muerte) y acaso también el primero en intuir confusamente que sólo habiendo perdido una patria que nunca existió le sería posible curarse de sus humillaciones reales» (p. 33)⁸.

El libro va pasando revista a los principales personajes que hicieron o hacen de la melancolía por la nación vasca perdida de una forma de vida, desde Chaho hasta Arzallus, pasando por, entre otros, los fueristas, Unamuno, los hermanos Arana Goiri, Gallasteguir y Krutwig (mi personaje favorito), Mirande, *Txillardegi* y Javier Echevarrieta. El resultado es un fresco del nacionalismo vasco, que es imposible resumir aquí, del que sólo se salvan la decencia de los gudarís del 36, «raros ejemplares que han pasado a través de las matanzas de este siglo sin mancharse con la sangre de inocentes ni de enemigos inermes» (p. 269), entre cuyos exiliados «no hubo ningún caso de colaboración o acercamiento a los nazis» (p. 270) y cuyos escasos activistas del interior, como Ajuriaguerra, Rezola o Michelena, se esforzaron de manera tan sacrificada como impotente por combatir la dictadura de Franco. Hechas estas excepciones, el retrato resulta demoledor (y divertido).

He dicho más arriba que hay un sentido en el que Juaristi nos está «contando su vida». En efecto, en el libro se entrecruzan continuamente la erudición y las vivencias personales e historias familiares y en la elaboración de los retratos ideológicos y psicológicos de los protagonistas desempeña un papel esencial su propia experiencia. Pero que no cunda el pánico, pues hay también un sentido, más importante, en el que Juaristi no nos está «contando su vida». *El bucle melancólico* no es una autobiografía, ni libro de memorias. Mucho menos es una autoapología del tipo, tan frecuente en política, de «yo no fui, yo

⁸ Sobre nacionalismo y melancolía, cf. también Jon Juaristi e Iñaki Viar, «Proezas melancólicas», en *Auto de Terminación*, pp. 267-72.

no era así, yo ya dije claramente desde el principio que...» o «cuando yo estaba aquéllo era otra cosa». Para Juaristi «que alguien mate todavía en nombre de la nación vasca es, además de un crimen, un crimen estúpido, pero no más estúpido que matar hace treinta años en nombre de Euskadi o en nombre de España, en nombre de la revolución o en nombre del nacionalsindicalismo. El hecho de que muchos de mi generación no matásemos entonces por uno u otro de estos móviles se debió en parte al azar estadístico, en parte al bajo desarrollo de las tecnologías terroristas y, en mayor medida, a que no prosperó el proyecto de guerra civil que bastantes jóvenes de la época llevábamos en el bolsillo» (p. 30). No es tampoco, finalmente, una confesión masoquista, pues «¿cuántos pueden felicitarse realmente de que no les haya correspondido una parte alícuota, por mínima que sea, de la generalizada estupidez del tardofranquismo?» (pp. 30-1). El de Juaristi es libro personal, no sobre su persona. El papel de ésta en la historia es el de un testigo privilegiado del cultivo de una melancolía que conoce bien por haber sido una víctima paradigmática de ella: «Si no un destino, sí creo haber compartido con los nacionalistas de mis historias una peligrosa exposición a las mismas voces ancestrales, una educación en la melancolía patriótica y, por qué no decirlo, cierta estupidez» (p. 29).

La memoria personal y familiar es una fuente más del libro, en el que encontramos además análisis de poesías, descripciones costumbristas, cáusticos comentarios de declaraciones políticas de actualidad, digresiones teóricas, retratos psicológicos e información histórica y filológica rigurosamente documentada. *El bucle melancólico* es el resultado de un profundo conocimiento del nacionalismo vasco, derivado tanto del saber académico como de la familiaridad del autor con aquello que estudia. En el libro se continúa y, a menudo, sorprendentemente, la erudición con las vivencias personales y es esta combinación de la historia con la anécdota lo que lo convierte en una apuesta literaria particularmente difícil, que el autor supera con éxito gracias a un talento literario excepcional, uno de cuyos principales ingredientes es el sentido del humor.

III

He aludido más arriba al debate sobre la enseñanza de las humanidades. Deseo ahora hacer una modesta contribución: propongo que la lectura de *El bucle melancólico* sea obligatoria en los centros de enseñanza secundaria de las comunidades autónomas vasca y navarra y recomendada, con el complemento de algún libro equivalente de «historias de nacionalistas españoles» (quizá *El florido prensil* podría valer) en todas las demás. Su lectura por los adolescentes no vascos me parece muy aconsejable. Una de nuestras lagunas educativas de consecuencias más catastróficas es el desconocimiento de la historia y la realidad actual de Vasconia. Cuando los vascos nacionalistas exclaman su lamento de «no nos comprenden» (o sea, casi siempre), debe reconocerse que tienen

razón en lo que dicen. No así en lamentarse de ello, pues es precisamente este desconocimiento una de sus principales bazas. En esta ignorancia la que hace posible la popularidad entre los vascos de las leyendas piadosas inventadas por los Garibay, los Poza, los Chaho, los Navarro Villoslada, los Trueba, los Arana y los Arzallus. Es también la que explica la incapacidad de muchos de los españoles más reaccionarios (salvo excepciones como Herrero de Miñón) para descubrir la para ellos desconocida raíz común de su propio nacionalcatolicismo y el de los nacionalistas vascos, ahorrando con ello a unos y otros sospechosos compañeros de viaje. Y es, finalmente, la causa de que miles de progres de todo el mundo, especialmente de España, hayan podido proyectar sobre el País Vasco sus propias frustraciones ideológicas.

Son injustos los que echan toda la culpa del drama de Vasconia a Franco, a los nacionalistas (o parte de ellos) o a ambos. El «problema vasco» es en muy importante medida el resultado de la secular compulsión a elevar las provincias vascas a la categoría de reserva espiritual de España por parte de los movimientos políticos españoles que se ven impotentes para imponer su modelo sociopolítico al conjunto del país. Lo que valía para los tradicionalistas, los neocatólicos y los liberales moderados vale hoy también, para muchos de los que siguen soñando en Madrid con la verdadera ruptura democrática o la revolución socialista pendiente. La tentación de ver en el autodenominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco lo que desearían que fuera y no lo que es ha resultado y sigue resultando demasiado fuerte para la sensibilidad romántica de muchas almas bellas afincadas en la Corte, sean o no de origen vasco. Hay que reconocer que el guiso abertzale tiene todos los ingredientes favoritos del izquierdista romántico: la lucha guerrillera, una lengua milenaria de origen misterioso, un paisaje de verdes y brumosas montañas, una causa que aúna la emancipación de la clase obrera y la supervivencia de un pueblo cuya identidad se pierde en la noche de los tiempos... En definitiva, el asalto al Palacio de Invierno, la guerrilla guevarista, la lucha anticolonial y la oposición a Franco, todo en uno: nuestro Vietnam particular. Una síntesis de marxismo científico e intrahistoria demasiado irresistible para sensibilidades progres poco disciplinadas. De ahí que no hayan escaseado al sur de Orduña entusiastas «compreendedores profundos» de la causa abertzale cuyo concepto de la comprensión profunda consiste en dar por buena la imagen que los abertzales ofrecen de sí mismos, es decir, el repetir fuera del País Vasco tópicos de los que muchos de los propios vascos nacionalistas están de vuelta. Si algunos vascos se han llegado a creer las fantasías que otros han proyectado sobre ellos, con las consecuencias de todos conocidas, es de justicia reconocer que no es suya toda la culpa.

Cuando escribo esto *El bucle melancólico*, ya va (me parece) por la cuarta edición. Es una buena noticia y me gustaría contribuir a que fuera necesaria una quinta. Sería triste, sin embargo, que su lectura sólo sirviera como consuelo de los ya convencidos o como aprovisionamiento argumental de antidemócratas españoles como Jaime Campmany o Gustavo Bueno y neoconser-

vadores espiritistas como Eugenio Trías o Fernando Sánchez Dragó. Es oportuna a este respecto la cita de Glucksman con que Juaristi ilustra su propia actitud intelectual: «siempre que yo contemple la estupidez como un suceso, un lance que únicamente ocurre a los demás, o que me puede ocurrir a mí, pero sólo cuando me encuentre bajo el influjo ajeno —estaba fuera de mí, no entiendo qué me sucedió—, se me escapará toda la sutileza del fenómeno» (cit. en p. 30). La melancolía patriótica no es la única melancolía patriótica vasca es la única melancolía patriótica.

En cuanto a los patriotas vascos de nacimiento o de adopción, sería ciertamente iluso pensar que los relatos de Juaristi vayan a hacer mella en personajes del tipo de Javier Sádaba, José María Ripalda o la sagrada familia Sastre/Forest, a quienes un elemental sentido común aconseja dar definitivamente por irreuperables. Tampoco invitan al optimismo los que, como Javier Pérez Royo, consideran que el papel de la enseñanza de la historia es la divulgación de ficciones forjadoras de identidades y que, más que su crítica, lo que procede es una negociación entre los distintos líderes tribales para establecer una ficción oficial asumible por todos (si todo es ficción, entonces, como dice Humpty Dumpty a Alicia, lo importante es quién manda, y punto). Pero, a poco que se conserve la esperanza de que los libros sirvan para algo, no se puede descartar que estas «historias de nacionalistas vascos» saquen de sus alucinaciones a algún despistado de adopción y ayuden a despertar de su sueño dogmático a alguna de las víctimas directas de una educación sentimental que, todavía hoy, hace sentir en el pecho al autor, al escuchar el himno de los *mendigoxales* en las reuniones de antiguos *gudaris*, «la punzada de una dolorosa y conocida melancolía, que llega acompañada del eco de mis voces ancestrales. Y debo atarme al frágil mastelete de sensatez que he podido salvar a través de los años turbulentos, porque esas voces me hablan de un amor nunca olvidado, del brillo de los helechos empapados de lluvia, de bosques que son un incendio de oro hacia la mañana de la libertad: me hablan de toda la belleza y la ternura de la vida, pero oigo también entre ellas una voz imperiosa, la de la vieja que pasó llorando, que clama por el pago de una irresarcible deuda de sangre» (p. 268).

Murcia, 15 de enero de 1998